

de la persona de Federico, y que el generoso musulman lo juzgara impropio de su dignidad (1).

En tal estado de cosas, se comprende muy bien que los partidarios de Gregorio IX mirasen con disgusto el tratado de paz.

El emperador intentó por cierto, hacerla favorable al representante del Papa, patriarca Geroldo de Jerusalem, tratando con él á este propósito de la manera mas atenta, por mediacion del leal Herman de Salza, gran maestre de la orden teutónica; pero en vez de agradecimientos solo halló críticas altaneras y odiosas. Al mismo tiempo se recibió la noticia de que el ejército del Papa, á las órdenes de Juan, antes rey de Jerusalem, había atacado la Italia meridional y alcanzado grandes ventajas. Entonces comprendió Federico que debía darse prisa para arreglar lo antes posible los asuntos que aun le quedaban por terminar en Oriente. De pronto se dirigió desde Joppe hácia el Este, y entró en la Jerusalem libertada el 17 de marzo de 1229. Con grande júbilo se saludaron mutuamente los cristianos de la ciudad santa y las tropas del emperador; pero la emocion mayor fué la que experimentaron los alemanes, quienes cantaron himnos en honor del caudillo de sus guerreros é iluminaron sus casas durante la noche. El 18 de marzo se puso Federico en la iglesia del Santo Sepulcro una corona de oro sobre su cabeza, como rey de Jerusalem «y en honor del rey sempiterno,» é hizo leer á Herman de Salza una alocucion en la cual exponia las dificultades con que había tenido que luchar para cumplir su voto de cruzada, y á la vez procuraba disculparse y excusar las duras medidas empleadas por el Papa contra él, mediante aquellas palabras conciliadoras de que «no había podido Gregorio evitar de otra manera las murmuraciones malévolas de la gente.» Pero al día siguiente, 19 de marzo, se presentó en Jerusalem el arzobispo de Cesárea, por encargo de Geroldo, y puso en entredicho los Santos Lugares. Esta medida causó á los peregrinos grande disgusto, pues se trataba de la ciudad en la cual Jesucristo había sido crucificado y sepultado. Comprendió sin embargo Federico que ya no podía permanecer allí por mas tiempo; pues hasta el suelo se le hundia bajo los piés, y dando á toda prisa las órdenes mas necesarias para la fortificacion de Jerusalem, salió de la ciudad «sin ser saludado de nadie» hácia Joppe y Acre. Los peregrinos le siguieron en grandes masas y á marchas precipitadas.

El patriarca que rechazó la «falsa paz», estaba sin embargo muy satisfecho de sus frutos, y entró por lo tanto en la ciudad santa con sus sufragáneos inmediatamente despues de la salida del emperador. Pero pronto marchó también á Acre para allí trabajar en contra de Federico en la medida de sus fuerzas; pues ante todo había de observarse escrupulosamente el armisticio con Alcamil si Jerusalem no había de volver inmediatamente á caer bajo la dominacion de los poderosos enemigos. Geroldo por el contrario, procuró hacer armamentos en Acre para nuevas luchas, á lo cual se opuso Federico, y, cuando no bastaron sus consejos, apeló á las armas contra los esfuerzos del patriarca y los de los templarios partidarios suyos. Entonces excomulgó Geroldo á los que obedecieron las órdenes del emperador y puso en entredicho á Acre, mientras que los frailes tronaban desde el púlpito contra Federico, hijo degenerado de la Iglesia. El emperador procuró también que se cumpliera su voluntad despues de su salida, poniendo al efecto personas leales en los puestos mas importantes del reino de Jerusalem, y aumentando el poder de la Orden teutónica

(1) Sobre estas y otras análogas invenciones que produjo el odio de partido en la lucha entre el papado y el imperio, véase principalmente á Röhrich, Apuntes, etc., I, pág. 74 y siguientes.

con donaciones considerables. Despues salió de Acre (1.º de mayo) y desembarcó el 10 de junio en la costa de Apulia, habiendo hecho un viaje feliz.

Allí se encontró con una ardua cuestion que resolver. Durante la cruzada, desde su llegada á la Siria hasta su entrada en Jerusalem, había enviado repetidas veces mensajeros al Papa para que le informasen de la marcha feliz de su empresa, manifestando así sus deseos de reconciliacion con la Iglesia; pero Gregorio permaneció sordo á los ruegos de paz. Las tropas pontificias, los llamados soldados de las llaves, habían ocupado ya una gran parte del reino de Sicilia, mientras que en el resto, y por tanto en toda la isla, reinaba la rebelion mas completa contra el gobierno de Federico. El emperador envió entonces nuevamente sus embajadores al Papa para negociar la paz; pero este contestó con una nueva excomunion y con las amenazas de reforzar su ejército con partidarios suyos de la Lombardia, de Francia y Portugal. Entonces apeló Federico á las armas, reunió los cruzados alemanes que estaban ya en camino para su patria, y los leales que todavía tenia en Apulia y Sicilia, y arrojó fuera del país á los soldados de las llaves, en una campaña tan breve como brillante. El Papa se hubiera visto amenazado seriamente en su propio territorio, si el emperador, dominándose á sí mismo, no le hubiese ofrecido de nuevo su mano para la paz. Entonces, por mas duro que le pareciese, tuvo el tenaz Gregorio que acomodarse á una avenencia: en noviembre de 1229 empezaron las negociaciones entre los encargados de ambos soberanos; y en el verano de 1230 se firmó la paz en San German, allí mismo donde Federico había tenido que aceptar aquellas condiciones humillantes respecto de la cruzada. En 28 de agosto fué absuelto el emperador de la excomunion, reconociéndose al propio tiempo que había cumplido fielmente su voto de peregrinacion. En los primeros días del mes de setiembre se reunieron Gregorio y Federico para celebrar entrevistas confidenciales, sin mas testigos á su lado que el gran maestre de la orden teutónica, Herman de Salza, quien, como caballero religioso y amigo del emperador, formó entre ellos el eslabon mas natural de aquella union.

Despues de la paz de San German vinieron para Federico años de ventura; pues á mas de haber obligado al papado á adherirse á sus miras, estableció sobre Italia y Alemania un poderio siempre mayor y mas brillante. Además entró en relaciones amistosas con los musulmanes á fin de sacar las mayores ventajas posibles del rico comercio con Asia y Africa. Celebró tratados amistosos y comerciales con Alcamil, poderoso sultan de Siria y Egipto, y también con los príncipes de Túnez y Marruecos (2). Su bandera cubrió desde entonces sus propios buques y los de las ciudades marítimas de la Italia del Norte, y se asegura que los europeos hicieron el comercio hasta la India bajo los auspicios del gran rey de los francos. El emperador era uno de los príncipes mas ricos que el mundo había visto hasta entonces. Sus aposentos estaban adornados de todo lo que las artes y la industria cristianas y mahometanas podian producir; su séquito le acompañan en gran parte instruidos sectarios del profeta, con los cuales trabajaba y filosofaba, pero también se entregó á los goces mas refinados y á la satisfaccion desenfrenada de la sensualidad.

#### SUCESOS POSTERIORES Á LA CRUZADA

Gran contraste presenta con la brillante posicion que ocupó

(2) El tratado de paz entre Alcamil y Federico (febrero de 1229) comprendió probablemente también algunas estipulaciones relativas al comercio de los cristianos con el Egipto. Véase Heyd: Historia del comercio de Levante en la Edad media, I, 447 y siguientes.

Federico en sus dominios europeos despues de la paz de San German, la situacion de sus posesiones asiáticas desde que abandonó la Tierra Santa. Aquí la precipitacion con que había procedido le había hecho cometer graves faltas durante la cruzada y su enemistad con la Iglesia romana le había impedido obtener resultados verdaderamente satisfactorios en las negociaciones con Alcamil. Por lo que toca á este último extremo, luego resultó que Jerusalem apenas podía ser sostenida por los cristianos, estando como estaba reducida á ser una ciudad circunvalada por territorio enemigo; Alcamil conservó la paz que había jurado; pero masas mas ó menos considerables de musulmanes, guiadas por fanáticos faquires continuaron la guerra bajo su responsabilidad, dieron muerte á muchos de los peregrinos que se dirigian al Santo Sepulcro, penetraron varias veces en la ciudad de Jerusalem, que aun no estaba del todo fortificada, y rechazaron á los cristianos hasta los últimos baluartes de la ciudad, principalmente hasta la «torre de David», y á no haber sido por el socorro mandado desde Acre á los sitiados, la dominacion de los cristianos de Jerusalem habría tocado á su fin; pero así lograron rechazar á los enemigos con grandes pérdidas y asegurar de este modo la ciudad por algun tiempo.

Entre tanto estalló entre los cristianos de la costa de Siria y de Chipre, ya la discordia, ya la lucha declarada. El motivo principal de esta contienda fué la manera imprudente y altanera con que el emperador se había mezclado en los asuntos de Chipre, en el verano de 1228. Juan de Ibelin, señor de Beirut, y anterior tutor del rey Enrique de Chipre, se había humillado entonces ante el poder de Federico, pero esperando, como se deja comprender, una ocasion propicia para alejar de sus puertas á los empleados y amigos del emperador que en el Oriente cristiano tenían el gobierno en sus manos. Ya él solo era un adversario no despreciable, porque era relativamente poderoso, prudente y experimentado. Además, la mayor parte de los nobles de Chipre y del reino de Jerusalem participaban de los sentimientos hostiles contra el emperador, por el cual se creyeron seriamente amenazados en sus propios derechos.

En tales circunstancias, se presentó Alicia, madre del joven rey de Acre, reclamando sus derechos á la corona de Jerusalem, por descender como nieta de Amalrico (1162 á 1173) de la sangre de los antiguos reyes de Tierra Santa. Los barones contestaron á esto que su señor legítimo era Conrado, hijo del emperador Federico y de su hierosolimítana esposa Isabel, y enviaron al mismo tiempo una embajada al emperador que estaba en la Apulia rogándole que mandase á su hijo á Siria como heredero del reino. Federico, como se esperaba, probablemente no accedió á enviar tan lejos á Conrado que se hallaba en tierna edad, y por esta razon la situacion de Palestina se hubiera hecho cada vez mas difícil á no haber estallado en Chipre antes que en ninguna otra parte, la guerra entre los partidos del Oriente cristiano. En esta isla había instituido el emperador á cinco barones, principales partidarios suyos, como sus representantes, y les vendió la tutoria sobre el rey Enrique en 10,000 marcos de plata; pero tan pronto como emprendió el viaje de regreso á Europa estalló la guerra en Chipre. Los adversarios de los cinco tutores llamaron á su socorro, poco tiempo despues, á Juan de Ibelin, y alcanzaron en una batalla sangrienta librada cerca de Nicosia el 24 de junio de 1229, una victoria tan completa, que á los vencidos solo les quedó cierto número de plazas fuertes, las cuales también fueron pronto sitiadas, y los cinco barones que buscaban su sostenimiento en ellas, se vieron obligados al fin, en la primavera de 1230, y á pesar de su obstinada defensa, á someterse á Ibelin y á sus enemigos.

Inmediatamente despues hizo el emperador la paz en San German, y luego se decidió á dirigir contra Asia las fuerzas que ya no necesitaba en Europa. A principios del año 1231 envió á Oriente un pequeño ejército bajo las órdenes del mariscal Ricardo Filangieri, el cual no pudo hacer nada en Chipre, porque Ibelin, bien armado, había ocupado las mas fuertes posesiones. Sin embargo, se realizó felizmente el desembarco de tropas cerca Beirut, cuya plaza fué ocupada, y su ciudadela que cerró las puertas á los agresores, estrechamente sitiada. El mariscal se dirigió á Acre para allí ganar en favor suyo y del emperador á los caballeros del reino de Jerusalem; pero en vez de esto, alimentó el fuego de la oposicion que ardia en secreto. Los barones de Jerusalem le manifestaron que había violado el derecho del reino con su conducta contra Beirut, ciudad del señor de Ibelin, por no ser permitido á un señor feudal quitar las posesiones á sus vasallos sin observar antes las ordenanzas exactamente prescritas. No mucho tiempo despues se reunieron los señores en la llamada cofradia de San Adrian, es decir, una asociacion que, segun parece, fué fundada únicamente con fines religiosos, pero que se trasformó luego en sociedad politico-militar para defensa del país contra la omnipotencia imperial.

Cuando Ibelin supo lo que pasaba, creyó ser superior también á sus enemigos de Siria. Por esto salió de Chipre en febrero de 1232 y se dirigió con una pequeña fuerza á las cercanías de Beirut. El ejército imperial, en el cual se encontraba ya el mariscal Ricardo, era mas fuerte para que pudiera esperar vencerle. Por esta razon siguió su camino hasta Acre, penetró en la cofradia de San Adrian, ganó toda la ciudad para su causa; se apoderó de casi todos los buques del emperador que se hallaban surtos en el puerto; y avanzó despues con todas las fuerzas que pudo reunir en Acre hácia el Norte, por el camino de Tiro hasta Casal-Imbert. Sus tropas, que en orgulloso descuido habían omitido tomar las medidas necesarias de precaucion, fueron allí sorprendidas el 3 de mayo por el ejército imperial y sufrieron una derrota terrible. Para el poder del emperador hubiese sido esto de grandes resultados, si el mariscal Ricardo, aprovechándose lógicamente de su victoria, se hubiese dirigido á Acre para desde allí someter ante todo la Siria á la obediencia de su señor. Pero en vez de esto, y como si hubiese ya realizado su objeto, se dirigió inmediatamente despues del combate de Casal-Imbert á Chipre, donde alcanzó algunas pequeñas ventajas, si bien poco despues fué estrechamente acosado por Ibelin que iba siempre á sus alcances. El día 15 de junio se libró cerca de Nicosia una sangrienta batalla, en la cual pereció el núcleo de los caballeros de la dinastia de Suabia. El mariscal escapó de la isla, y algunos meses despues se sometió de nuevo á la obediencia y buscó la amistad de Ibelin.

Entre tanto, el papa Gregorio prestó su ayuda al emperador Federico, con quien vivia entonces en paz y amistad. La iglesia del Santo Sepulcro fué de nuevo consagrada solemnemente, y los templarios y hospitalarios fueron amonestados para que respetasen la paz hecha con Alcamil y se sometiesen á las disposiciones del gobierno imperial. El patriarca Geroldo de Jerusalem, por ser un adversario apasionado de Federico, tuvo que entregar la representacion de la silla apostólica en Siria al patriarca Alberto de Antioquia.

En el año 1234 dió Gregorio un paso mas, nombrando legado apostólico de Oriente al arzobispo Teodorico de Ravena, muy fiel al emperador. Este prelado mandó al año siguiente que fuese disuelta la cofradia de San Adrian en Acre, y como hallara resistencia, puso entredicho á la ciudad. Cuando esto llegó á noticia de Gregorio, se mostró al principio conforme con los procedimientos empleados por su represen-

tante, pero de pronto cambió de parecer, porque de nuevo estallaron entre él y el emperador las antiguas discordias y se temian nuevas luchas en Europa. Entonces descubrió que el arzobispo Teodorico se había excedido, y desaprobó principalmente el entredicho, porque el reino de Jerusalem, en el cual se observaban muchas religiones, necesitaba mucha contemplacion, y la dureza solo provocaria la rebelion. El tratado de paz que propuso despues el Papa al emperador y á sus enemigos contenia para el monarca condiciones



Sepultura del califero Guillermo Marshall († 1231); existente en la iglesia del Temple en Londres.

muy desfavorables, y por eso Federico rehusó su aceptacion, y tambien los barones sirios, reconociendo las ventajas de su situacion, no accedieron tampoco á un arreglo definitivo. De esta manera conservaron todavia los suabos en su poder algunos puntos de Siria, y el jóven Conrado fué reconocido como el único heredero de Jerusalem; pero el poder del imperio en el Oriente cristiano estaba amenazado de ruina en su parte esencial.

Tal fué el triste epilogo de aquella cruzada que habia devuelto á Jerusalem á los cristianos. El emperador Federico cooperó á este mal éxito por mas de un concepto (1). Pero si nos fijamos de nuevo en todo aquel gran movimiento de peregrinacion que inició Inocencio III desde el año 1213, si recordamos la energía y actividad con que este Papa, sus sucesores y todos los eclesiásticos trabajaron por la liberacion del Santo Sepulcro, si nos representamos las enormes masas de guerreros que marcharon á campaña llenos de valor y celo por los años de 1217 á 1221, y de 1227 á 1228, y si nos preguntamos ¿por qué esta aspiracion tan poderosa tuvo un resultado tan escaso? debemos contestar que á parte de las concausas, que fueron otras tantas dificultades, la principal responsabilidad recae en la direccion teocrática de la curia romana. Ya fué bastante funesto que causara el mal éxito de la expedicion egipcia; pero fué mucho mas pernicioso que Gregorio IX antepusiese los intereses de la dominacion teocrática al cuidado de Tierra Santa. Verdad es que se reconquistó á Jerusalem, pero de un modo insostenible, y tan solo mediante una nueva cruzada pudo asegurarse la ciudad santa por largo tiempo. ¿Pero habria de ser posible á la Iglesia animar nuevamente á los pueblos de Occidente á otro entusiasta movimiento, despues de haberse hecho tantos sacrificios, y despues que dejó vislumbrar que su propia prosperidad le importaba mas que la suerte del país, «donde habian estado los pies del Señor»? La perspectiva que presentaba el porvenir de la dominacion cristiana en el Oriente, habia llegado á ser casi desconsoladora.

## CAPÍTULO X

### SEXTA CRUZADA (2)

CRUZADAS DE TIBALDO DE NAVARRA Y DE RICARDO DE CORNWALL

Segun ya hemos visto, en febrero de 1229 se aseguró para Tierra Santa una paz entre Federico II y Alcamil, duradera

(1) Es cosa sabida que algunos historiadores han juzgado muy duramente á este emperador y otros colmádole de alabanzas. En este sentido se han excedido muchos contemporáneos; pero á pesar de condenar la

por mas de diez años; y Gregorio IX no solo reconoció esta paz en el tratado de San German, sino que trabajó desde entonces en favor de su conservacion. El anciano Papa, cuyo celo impetuoso no tuvo límites, habia ya llamado sin embargo á la guerra santa en el año 1231, y despues casi todos los años. Por cartas y por medio de las predicaciones de sus legados trató de animar á los pueblos de Occidente á que tomasen la cruz é hiciesen sacrificios pecuniarios en favor de la causa de Jerusalem, y sus infatigables amonestaciones lograron tanto, que no solo mucha gente del pueblo bajo, sino masas considerables de caballeros, principalmente franceses é ingleses, se declararon poco á poco dispuestos á la peregrinacion. Pero á pesar de esto no recibí socorros la Tierra Santa, porque, aunque el emperador Federico no se opuso por algun tiempo á la agitacion promovida por el Papa, hubo en él un cambio, cuando á mediados del año 1230 hizo por segunda vez la tentativa de someter á los lombardos á su dominacion, y en su consecuencia se enemistó de nuevo con la curia romana. Entonces ya no tenia por qué guardar consideraciones al Papa, y por esto declaró rotundamente á los cruzados que debian renunciar por el pronto á su empresa, por no haber terminado la paz estipulada con Alcamil.

Se comprende perfectamente que ante tales sucesos disminuyese mas y mas la aficion á la guerra santa. Pero tambien perjudicaron á la obra de la cruzada los mismos predicadores que querian favorecerla; algunos con su altanería, otros causando justa indignacion por su avaricia, aspirando mas á hacerse ricos que peregrinos, recompensando lo mismo á aquellos que pagaban la indulgencia que á los que prometian exponer sus personas á la lucha, y conmutando el cumplimiento de su voto por cierta cantidad de dinero á aquellos que habian tomado ya la cruz. No es de admirar pues que en el séquito de aquellos predicadores de la cruzada hubiera mucha indisciplina y que se extendiera como se extendió de la manera mas horrible la hostilidad contra los judios.

En el Oriente era tambien muy triste la situacion por aquellos tiempos. No solo continuó la discordia entre los partidarios de Federico y sus adversarios, sino que tambien todo el territorio cristiano estaba dominado por los odios, la violencia y la inmoralidad. Los magnates laicos como los clérigos estaban entre si en continua lucha. Los clérigos de Jerusalem inventaron una «cárcel donde habia estado Jesucristo», que se enseñaba á los piadosos y cándidos peregrinos únicamente por el dinero; los caballeros templarios y hospitalarios convirtieron sus domicilios en asilos del crimen y en lugares de lascivia, de impureza y aun de herejía segun se aseguraba. En la Siria septentrional por último, hubo repetidas luchas entre los cristianos y los musulmanes sus vecinos. Los primeros y sobre todo los templarios y hospitalarios hicieron insensatas correrías por el territorio enemigo, en una de cuyas ocasiones sufrieron los templarios una derrota casi exterminadora en el año 1237 cerca del castillo de Darbassak.

Poco á poco se acercaba el término de la paz que el emperador habia pactado para Palestina. Ya antes de la conclusion de aquellos diez años, en 8 de marzo de 1238 ocurrió la muerte de Alcamil. Sus hijos Abu-Bekr, llamado general-

política de la curia romana y de reconocer el talento y los resultados de Federico, no deben olvidarse las faltas que él cometió por un inmoderado deseo de poder y de nuevas conquistas.

(2) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo VII y sig.; Faure, Histoire de Saint Louis, 2 tom. Paris, 1866; Wallon, Saint Louis et son temps, 2 tom., Paris, 1875. La mejor fuente para la historia de la cruzada de Luis IX es la *Historia de San Luis* de Juan de Joinville, de la cual se han hecho muchas ediciones, tanto originales como traducidas. La mejor edicion es la de Wailly, Paris, 1867.

mente Aladil como su abuelo, y Assalih-Eyub, dieron principio á una larga y sangrienta guerra por motivos de herencia, y por esta razon no se hallaban en estado de oponer una firme resistencia al enérgico ataque de los cristianos contra los territorios del sultan. En la primavera de 1239 se reunieron en Lyon considerables masas de franceses, á cuyo frente estaba el rey Tivaldo de Navarra, el duque Hugo de Borgoña, los condes Pedro de Bretaña, Juan de Bar, Amalrico de Montfort y otros nobles señores. El emperador Federico nada tenia ya que oponer contra sus designios; pero el Papa deseaba emplear las fuerzas de estos guerreros, no contra Jerusalem, sino en apoyo del imperio latino; y hasta se cuenta que les prohibió por esto emprender la cruzada por aquel momento. Gregorio habia lanzado poco antes una segunda excomunion contra Federico, y por esto no quiso permitir la renovacion de la guerra santa que podia redundar en favor del excomulgado. Pero los cruzados estaban indignados de la conducta del Papa, y esto dió lugar á que escuchasen con mas satisfacion las palabras de Federico que les prometia todo socorro, expresando á la vez su sentimiento por no poder tomar parte en la expedicion, dada la hostilidad de Gregorio. Algunos obedecieron la órden de permanecer en su patria, pero el mayor número se negó á obedecerle y se embarcó para la Siria en Marsella y en Brindis.

En el otoño de 1239 se reunieron en Acre y en sus alrededores juntamente con las fuerzas del reino de Jerusalem. Cuéntase que el conjunto de las tropas era tan considerable, que hubiera podido emprenderse una campaña en grande escala para obtener un resultado de trascendentales consecuencias; pero estos cruzados carecian en su mayor parte de lealtad á la causa comun, de disciplina y de perseverancia. Cuando en el círculo de los jefes se hizo la proposicion de cercar á Damasco, el conde de Bretaña marchó con los suyos á los alrededores de aquella ciudad, hizo gran botin y regresó triunfante á Acre. Este ejemplo estimuló á la imitacion, y el duque de Borgoña, los condes de Bar y Monfort y otros señores declararon que se dirigirian hácia el Sur contra Egipto, en la esperanza de poder alcanzar tesoros mucho mas ricos y reconquistar de paso á Ascalon. En vano se opusieron los de Jerusalem; pues de esta empresa no podian esperarse grandes resultados en comparacion de los peligros que amenazaban. Aquellos perseveraron en su propósito y se dirigieron con sus caballeros y escuderos á Joppe y despues hácia el Sur. Los barones de Jerusalem, los templarios y hospitalarios se les unieron al fin, mientras que el rey de Navarra, indignado del procedimiento arbitrario de sus compañeros, les seguía á alguna distancia con el resto del ejército. En el territorio de Gaza supo la division mas avanzada de los cristianos, que los musulmanes estaban cerca. Los de Jerusalem opinaron que debia retrocederse, y el duque de Borgoña se adhirió á este pensamiento, mientras que los condes de Bar y de Monfort perseveraron altaneros en aceptar la lucha. Los primeros retrocedieron en efecto poco despues; pero los dos condes se opusieron temerarios con un puñado de guerreros á sus enemigos muy superiores en número (13 de noviembre). El conde de Bar murió en la lucha, el conde de Monfort fué hecho prisionero y toda la fuerza sufrió la suerte de sus jefes á excepcion de algunos que lograron salvarse. Despues de esta desgracia se presentó el resto del ejército en el campo de batalla. Entre los soldados del rey de Navarra se manifestó el deseo de vengar y libertar á los prisioneros; pero como los templarios y hospitalarios opinaban que los enemigos ocupaban posiciones muy ventajosas en aquella region, el rey Tivaldo no se atrevió á mandar el ataque, y los peregrinos regresaron á Acre no menos afligidos que desanimados.

El éxito notable obtenido por los musulmanes animó poco despues á uno de los pequeños príncipes eyubitas de Siria, Annasir Daud, señor de Krak é hijo de Almuazzan, que habia sido sultan de Damasco, á emprender un golpe decisivo contra los cristianos. Cayó de repente sobre Jerusalem, tomó la ciudad, destruyó sus obras de fortificacion con la torre de David y procedió contra los habitantes de la desgraciada ciudad del modo mas horrible. Su victoria hubiera sido la señal de la destruccion completa de la dominacion cristiana en Oriente, si los hijos de Alcamil, y en general todos los príncipes de la familia de los eyubitas, no se hubiesen hallado en guerra continua los unos contra los otros. Aladil fué vencido al fin por su hermano Assalih-Eyub; pero tan luego como éste logró someter el Egipto, se levantó contra él su tío Assalih-Ismael, señor de Balbek, conquistó á Damasco, y se alió con Ibrahim, príncipe de Himss, para sostener á Siria contra Eyub. En tales circunstancias, los cristianos no tenian por qué temer mucho de los musulmanes, y hasta podian mirar el porvenir con risueñas esperanzas; porque Ismael les habia ofrecido una alianza contra su sobrino bajo condiciones muy ventajosas. Segun estas se les entregarían las ciudades y castillos de Tiberiade, Safed y Beaufort; es decir, una notable extension de sus territorios en la region de Acre y Tiro, con tal que todas sus fuerzas, en union con Ismael, se opusiesen á los egipcios cerca de Ascalon. Los jefes de la cruzada accedieron á este plan; pero las ventajas que tal alianza procuró á los cristianos, fueron compradas á gran precio; pues los musulmanes de la Siria, clérigos, ciudadanos y soldados estaban muy indignados de la conducta de Ismael. Solo á viva fuerza pudo éste obligar á sus tropas á que evacuasen los lugares prometidos á los cristianos; y cuando los egipcios comenzaron la lucha cerca de Ascalon contra los cruzados y damascenos, estos últimos se pasaron á sus correligionarios en la fe. Los cruzados sufrieron una sensible derrota, y su aliado Ismael se salvó sin ejército y á duras penas marchando á Damasco. Pero lo peor fué que los cristianos tuvieron despues entre sí luchas muy odiosas. Los templarios que habian sido los primeros en apoyar la alianza con Ismael, deseaban aun conservarla; pero los sanjuanistas y la mayor parte de los magnates franceses eran favorables á un arreglo con el sultan Eyub de Egipto, porque éste les habia prometido, no solo reconocer la cesion de los territorios cedidos por Ismael, sino tambien dar libertad á los muchos prisioneros que habian caido en manos de los egipcios en las últimas luchas. Enfrente de tales discordias que dividieron á los cruzados en dos campos hostiles, y por varias otras razones, el rey de Navarra, el conde de Bretaña y muchos de sus compañeros perdieron todo el deseo de continuar la guerra santa, se embarcaron en Acre y regresaron á su país.

Poco despues recibió el reino de Jerusalem nuevos socorros; pues trascurrido algun tiempo desde que la caballería francesa habia emprendido la cruzada, se pusieron tambien en camino muchos señores ingleses bajo las órdenes del conde Ricardo de Cornwall, hermano del rey Enrique III y cuñado del emperador Federico II (1). En la primavera del año 1240 emprendieron la marcha por Francia, y, como los franceses que les habian precedido, no obedecieron la órden de Gregorio de renunciar á su empresa, y desembarcaron en el puerto de Acre el 8 de octubre de aquel año. El conde Ricardo, sobrino del rey Ricardo Corazon de Leon, fué recibido con gran júbilo en Tierra Santa. Pero al contrario que su tío, luego que se enteró de la situacion de las cosas en Siria, en vez de aspirar á fantásticas aventuras y de empen-

(1) Federico se habia casado en terceras nupcias el año 1235 con Isabel de Inglaterra.